

DERRIBAR A THAKSIN

Thaksin Shinawatra, el multimillonario magnate de las telecomunicaciones del reino de Tailandia convertido en primer ministro, apareció en televisión el 3 de abril de 2006 para proclamar su abrumadora victoria en las elecciones plebiscitarias celebradas el día anterior. Frente al boicot de la oposición, Thaksin* obtuvo el 56 por 100 de los votos. Los 16,4 millones de votos (del total de 29 millones de votos, de los que 9 millones fueron «en blanco») para su partido Thai Rak Thai estaban por debajo de su récord en febrero de 2005, cuando obtuvo 19 millones de votos, pero bastante por encima de los 11 millones con los que llegó a la jefatura del gobierno en 2001; y el Thai Rak Thai se quedaba ahora con casi todos los escaños de la Cámara de Representantes¹. Thaksin, revitalizado por el renovado mandato de un electorado en gran medida rural, parecía dispuesto a seguir gobernando durante otros cuatro años; pero tan sólo veinticuatro horas después, tras una audiencia no prevista con el rey Bhumibol Adulyadej, apareció en la escalinata de la Casa del Gobierno, con el rostro ceniciento y rodeado por sus ministros, atónitos y llorosos, para anunciar su decisión de renunciar al puesto de primer ministro por el bien de la nación*.

Durante los meses anteriores a las elecciones se había desatado una tormenta sin precedentes de manifestaciones antigubernamentales casi dia-

* Los tailandeses, al parecer, tienden a utilizar preferentemente el nombre propio y no el apellido; el nombre chino de Thaksin es Qiu Daxin; el apellido thai Shinawatra («acostumbra a hacer el bien») lo adoptó la familia en 1938, durante las campañas antichinas del régimen de Phibul Songkhram. [N. del T.]

¹ El partido Thai Rak Thai («los tailandeses aman a los tailandeses») fue fundado en julio de 1998 con Thaksin como líder y principal socio financiero. En las elecciones de abril de 2006 se produjo un resultado típicamente populista, en el que la mayoría del electorado rural y algunos pobres urbanos votaron por el TRT, mientras que la minoría formada por la clase alta y media de las ciudades votó en contra. En treinta centros urbanos, incluido Bangkok, el porcentaje de votos en blanco superó al de votos a favor del TRT.

* El 19 de mayo, después de que el Tribunal Constitucional anulara las elecciones del 2 de abril, Thaksin volvió a asumir el puesto de primer ministro, y el 30 de mayo convocó nuevas elecciones para el 15 de octubre. Véanse los últimos párrafos del artículo. [N. del T.]



rias en Bangkok y otras importantes ciudades del país². La campaña contra Thaksin comenzó en septiembre de 2005 bajo la dirección personal de Sondhi Limthongkul, propietario multimillonario del Manager Media Group y antiguo compinche de Thaksin, convertido en su adversario más tenaz. Cuando su popular programa de entrevistas en televisión *Meuang thai raisapda* fue eliminado de la cadena estatal debido a sus crecientes ataques contra la corrupción gubernamental, Sondhi lo convirtió en un espectáculo itinerante semanal, atrayendo bulliciosas audiencias contrarias a Thaksin por todo el país. Sus periódicos publicaron el sermón de un popular (aunque controvertido) monje de la región fronteriza con Laos, Luang Ta Maha Bua, que argumentaba que Thaksin pretendía establecer una república bajo su propia presidencia, así como un artículo que aseguraba que el primer ministro había presidido una ceremonia en el templo del Buda Esmeralda, el lugar más sagrado del país, usurpando así el papel del monarca. Los repetidos ataques de Sondhi durante cuatro meses, haciendo uso de todos sus instrumentos mediáticos –televisión por cable, periódicos, revistas, libros, CD-ROM y páginas web– ayudaron a la oposición, generalizada pero en gran medida pasiva, a romper el bloqueo de los medios gubernamentales y a poner en pie un movimiento de protesta con notable impulso político. Las conferencias itinerantes se convirtieron pronto en «el fenómeno Sondhi» y sirvieron como ensayo para los movimientos de masas de febrero-abril de 2006.

La primera gran concentración de masas contra Thaksin tuvo lugar en la gran Plaza Real de Bangkok el 4 de febrero, impulsada por la indignación popular contra la venta, libre de impuestos, de la participación del 49,6 por 100 que tenía la familia Thaksin en la gigantesca Corporación Shin por 1.900 millones de dólares a un fondo de inversiones paraestatal de Singapur. Cuatro días después se formó la Alianza Popular por la Democracia (APD), bajo la dirección colectiva de Sondhi y otros cuatro personajes que representaban las principales corrientes de la oposición. Se trataba en concreto del general Chamlong Srimuang, antiguo mentor y aliado de Thaksin, ex gobernador de Bangkok, líder del levantamiento de mayo de 1992 contra la dictadura militar y dirigente seglar de la secta ascética Santi Asoke; Phiphob Thongchai, antiguo dirigente de la ONG Campaña por la Democracia Popular y activista por la reforma de la educación; Somsak Kosaisuk, veterano líder sindical en el sector público; y Somkiat Phongpaibul, profesor universitario y líder de diversos movimientos de protesta. A los cinco dirigentes se les unían en sus cogitaciones nocturnas Khamnun Sitthisaman, mano derecha de Sondhi, analista político y comentarista monárquico, y Suriyasai Katsasila, activista a tiempo completo y coordinador de la APD. Los objetivos de ésta eran la destitución del primer ministro y el desmantelamiento

² Véanse Sondhi LIMTHONGKUL y Sarocha PORNUDOMSAK, *Meuang thai raisapda sanjorn chabab thawai kbeun pbraratchaamnaj* [El espectáculo itinerante: «Tailandia Semanal» sobre la restauración de la prerrogativa real], Bangkok, 2006; «Chronology», *Bangkok Post*, 5 de abril de 2006; Nitiras BUNYO, «Yeudyeya yaonan: mai chana mai loek?» [Protesta prolongada: ¿sin parar hasta la victoria?], *Nation Sudsapda*, 31 de marzo de 2006.

to del régimen de Thaksin mediante una nueva ronda de reformas constitucionales, pidiendo al Rey la aplicación de su prerrogativa real. La dirección de la APD pretendía construir una red anti-Thaksin a escala nacional e incrementar la presión popular, evitando, empero, la violencia y el derramamiento de sangre. Organizó una serie de importantes manifestaciones en el centro de Bangkok, y a la concentración en la Plaza Real del 4 de febrero le siguió otra el día 11, y otras dos en Sanam Luang* el 26 de febrero y el 5 de marzo.

Las movilizaciones en favor del gobierno comenzaron a primeros de febrero de 2006, como respuesta directa al movimiento anti-Thaksin. En un primer momento se emplearon los habituales canales burocráticos para congregarse multitud de funcionarios gubernamentales, aldeanos perplejos y escolares con los ojos abiertos como platos, llevándolos en autobuses hasta la Casa del Gobierno para aclamar al controvertido primer ministro agitando rosas y carteles impresos ante las cámaras de televisión. A partir del 24 de febrero, cuando, ante las peticiones resonantes de que dimitiera, Thaksin disolvió el Parlamento y convocó unas elecciones adelantadas, los halcones de su gobierno –antiguos comunistas, jefes provinciales y ex generales– asumieron la dirección del movimiento y lo impulsaron directamente hacia la confrontación con los manifestantes anti-Thaksin en Bangkok. Durante el mes de marzo tuvo lugar toda una serie de manifestaciones de masas en la capital y otras importantes ciudades de provincias, especialmente en el norte y nordeste, donde el TRT cuenta con una amplia base, para proporcionar al ahora primer ministro en funciones una apariencia de apoyo y una plataforma para sus combativos discursos. Para la concentración inicial de la campaña electoral en Bangkok del 3 de marzo, a los más de 300 congresistas y 75 gobernadores provinciales se les asignaron cuotas de 3.000 y 10.000 personas, que debían hacer llegar desde sus circunscripciones respectivas. Se contrataron todos los alojamientos baratos cerca de la capital y cientos de miles de personas se trasladaron en autobuses hasta Sanam Luang para escuchar durante más de una hora las diatribas de Thaksin.

Entretanto, el 2 de marzo, dos marchas de aldeanos del norte y el nordeste, compuestas cada una de ellas de unas dos mil personas y que se denominaban a sí mismas *Khabuan Etan* («columna de carritos») y *Kharavan Khonjon Doenthao* («caravana de los pobres caminantes»), emprendieron el camino por etapas, ampliamente publicitadas, hacia Bangkok. Convergieron en los alrededores de la capital dos semanas después y fueron entusiásticamente recibidas por el propio Thaksin en persona. Al llegar al parque Chatuchak, al norte de la ciudad, se les unieron los conductores de taxis y motocicletas y acamparon en una autoproclamada Zona de la Caravana de los Pobres y de la Gente que Ama la Democracia. Esa contramanifestación de decenas de miles de pobres beneficiados por los pro-

* Una gran planicie oval frente al Palacio Real. [N. del T.].

gramas populistas de Thaksin tenía supuestamente tres objetivos: apoyar moralmente al primer ministro, apuntalar los procedimientos democrático-electorales de gobierno y pedir más ayudas al futuro gobierno para aliviar los múltiples problemas de los pobres.

El 14 de marzo, en un esfuerzo por obligar a Thaksin a dimitir antes de su elección plebiscitaria, la APD llevó a 100.000 manifestantes por el Bulevar Ratchadamnoen desde Sanam Luang hasta la Casa del Gobierno, donde acamparon. Allí tuvieron otra gran concentración el 25 de marzo, pero Thaksin consiguió evitar cualquier confrontación directa con los manifestantes. Finalmente, para presionar sobre los grandes intereses comerciales, todavía muy reticentes, la APD organizó una concentración el 29 de marzo en el centro turístico y comercial de la Plaza Siam y la Avenida Sukhumvit y lo ocuparon durante dos días. Se enviaron también manifestantes a concentrarse ante el centro de negocios Silom, la embajada de Singapur, la Oficina de la Comisión Electoral, etc. El ambiente en esas manifestaciones fue en general tranquilo, festivo, decidido, quizá algo alborotado o estrepitoso a veces, pero nunca violento o amenazador. Jóvenes parejas, jubilados y familias con sus hijos pequeños se mezclaban con los vigilantes voluntarios con camisetas negras, grupos de ONG y activistas sindicales, monjes budistas, agentes de policía, periodistas y algunos turistas extranjeros. Junto a los discursos y anuncios enardecidos, los organizadores ofrecieron una gran variedad de intervenciones de entretenimiento y educativas por parte de profesores de universidad, senadores disidentes, ex diplomáticos, bandas folclóricas, músicos clásicos y un grupo *amateur* de ópera china.

La Caravana de los Pobres evitó cualquier choque frontal con la manifestación de la APD, manteniéndose en el parque Chatuchak, pero se enviaron grupos de manifestantes a varias sedes de la oposición en el centro de Bangkok, como el campus de la Universidad Thammasat, al norte de Sanam Luang, y las oficinas del Manager Media Group y del Nation Multimedia Group, también opuesto a Thaksin, donde se produjeron algunos pequeños enfrentamientos. El ambiente entre la multitud del parque Chatuchak era alegre y amistoso, más como si se tratara de una festividad que de un mitin político. Los discursos en favor del gobierno y las diatribas contra la APD alternaban con actuaciones de bandas folclóricas, bufonadas e incluso un concurso de ensaladas de papaya. Finalmente, la Caravana de los Pobres se dispersó y regresó a casa para votar en las elecciones del 2 de abril, otorgando a Thaksin su gran victoria, que se iba a trocar al día siguiente debido al «susurro de los cielos»³. Aunque éste era un desenlace político poco habitual en una democracia constitucional,

³ Respondiendo a los manifestantes en su programa radiofónico semanal el 4 de febrero, el primer ministro anunció: «La única persona que me puede pedir que abandone es Su Majestad el Rey. Si Su Majestad me susurra: “Thaksin, por favor, vete”, me iré». Véase «From the Royal Plaza», www.nationmultimedia.com.

también recordaba que el Reino de Tailandia nunca ha sido una democracia auténtica, sino, con la peculiar formulación reiterada en la traducción oficial al inglés de la Constitución de 1997, «un régimen democrático de gobierno con el Rey como Jefe del Estado».

El gobierno de Thaksin representaba la primera asunción del poder en el Estado capitalista por los propios grandes capitalistas. Combinaba un neoliberalismo agresivo con las típicas corruptelas entre compinches, y una política de contrarreforma absolutista con planes sociales populistas, a fin de transformar radicalmente las pautas existentes de relaciones de poder y distribución de los recursos entre la elite. Pero los efectos desestabilizadores del proyecto de Thaksin han suscitado una gran oposición de la vieja elite —el Palacio Real, la burocracia y los altos mandos militares—, además de los separatistas del Sur, las clases medias urbanas, los sindicatos y grupos de base, así como antiguos compinches disgustados como Sondhi. En lo que sigue argumentaré que para entender mejor el gobierno de Thaksin durante los últimos cinco años conviene insertarlo en la larga perspectiva histórica del desarrollo desigual de la política y la economía de Tailandia. Fue la conjunción de la quiebra financiera de 1997, consecuencia de una década de crecimiento delirante en el marco de la globalización capitalista, con la reforma constitucional de ese mismo año, con la que un movimiento político variopinto intentaba llevar a cabo una revisión a fondo de la «electocracia» tailandesa, la que abrió la vía al ascenso de Thaksin y su TRT. Pese al desenlace del 4 de abril, dado lo reducido de la elite dominante tailandesa y sus estrechos vínculos empresariales y políticos, es poco probable que el Palacio y los militares desmantelen *in toto* el régimen capitalista-absolutista puesto en pie por Thaksin, y tampoco es plausible que se retire necesariamente del poder, ni de su puesto, el hombre al que le gustaba denominarse a sí mismo presidente-director general de Tailandia.

La Tailandia capitalista

La formación económica de la actual Tailandia capitalista se remonta a principios de la década de 1960 y a la guerra de Estados Unidos en Vietnam, cuando el Reino cumplió con su deber como Estado anticomunista de primera línea, proporcionando instalaciones de «descanso y recreo» a las ocho importantes bases militares estadounidenses existentes en su territorio. Tailandia era entonces un país de 26 millones de habitantes, de los que el 80 por 100 trabajaba en la agricultura, la principal fuente de exportaciones; Bangkok era una ciudad de 3 millones de habitantes dominada por el gobierno. Los planes de desarrollo mediante sustitución de importaciones acordados bajo la orientación del Banco Mundial y con ayuda estadounidense masiva estaban inevitablemente sometidos a las necesidades de Estados Unidos; las industrias del sexo y el turismo obtuvieron notables resultados. Durante las cuatro décadas siguientes la economía de Tailandia creció con una media anual del 7 por 100; el PIB per cápita aumentó de 100 dólares anuales en 1961 a 2.750 dólares en 1995. A principios

de la década de 1980 la industria había sustituido a la agricultura como principal contribuyente a las exportaciones y al PIB. Entre 1980 y 1988 el general Prem Tinsulanonda, entonces primer ministro, impulsó un importante programa de ajuste estructural siguiendo la línea del Banco Mundial, devaluando el baht y reemplazando el modelo de sustitución de importaciones por un sector industrial orientado hacia la exportación, intensivo en trabajo, basado en la industria textil y del vestido.

Este crecimiento preponderantemente urbano alcanzó su cenit en un espectacular *boom* que duró toda una década, desde mediados de la década de 1980 hasta mediados de la década de 1990. En la primera mitad de ese decenio, la economía creció con tasas de dos dígitos y al final del *boom* había multiplicado su tamaño por 2,5, mientras la clase media urbana se había más que triplicado; los empleados administrativos de las empresas llegaron a superar en número a los funcionarios del gobierno. Con el reforzamiento del yen a raíz del Acuerdo del Plaza en 1985, Japón se convirtió en la mayor fuente de inversión directa extranjera; la industria, las empresas inmobiliarias, el comercio y los servicios fueron los principales receptores de la misma. A finales de siglo la población había llegado a los 61 millones de habitantes, y la del Gran Bangkok se había cuadruplicado con la intensa urbanización. Pero las disparidades de clase y regionales se habían intensificado también notablemente. En 1996, en vísperas de la crisis financiera, el quintil más alto había aumentado su participación en la renta nacional hasta el 57 por 100, desde el 49 por 100 en 1976. El quintil más bajo vio disminuir su participación del 6 al 4 por 100 en el mismo periodo. Tras cuatro décadas de veloz desarrollo capitalista, en Tailandia se había llegado a una de las distribuciones de renta más desiguales del mundo, peor que las de sus vecinos del Este y el Sudeste asiático y comparable a los peores casos de América Latina.

El grueso de la inversión extranjera fue a parar a Bangkok y la región circundante, la llanura central del delta del río Chao Phraya, llevando el hambre a la población de los bosques tropicales del norte montañoso, de la sabana del nordeste y de la densa selva de la península Malaya⁴. Aunque la propiedad de la tierra siempre ha estado concentrada en manos de las clases alta y media, no se daban las relaciones tradicionales entre terratenientes y siervos. Históricamente, hasta la década de 1960 la mayoría de los cam-

⁴ Las disparidades regionales siguieron creciendo bajo el gobierno de Thaksin. En 2004 a Bangkok, con el 17 por 100 de la población del país, le correspondía el 44 por 100 del PIB, mientras que al resto de la región central, con otro 17 por 100 de población, el 27 por 100. El sur, en cambio, tiene el 14 por 100 de la población, pero sólo le corresponde el 9 por 100 del PIB; el norte montañoso tiene el 18 por 100 de la población y el 9 por 100 del PIB; y el nordeste el 34 por 100 de la población y sólo el 11 por 100 del PIB. Las disparidades de renta entre los diversos sectores económicos eran igualmente severas: la agricultura cuenta con el 42 por 100 del empleo pero sólo el 10 por 100 del PIB, mientras que la industria cuenta con el 21 por 100 del empleo y el 41 por 100 del PIB, y los servicios con el 37 por 100 del empleo y el 50 por 100 del PIB.

pesinos tailandeses era pequeños propietarios independientes. El inicio del desarrollo capitalista promovido por el Estado condujo a la mercantilización a gran escala de la tierra rural, que dejó de ser el factor de producción barato y abundante que era en la economía campesina tradicional y se convirtió en un objeto de especulación cada vez más caro en la economía de mercado. Durante la década de 1970 el aumento del número de campesinos sin tierra se convirtió en un problema nacional. Las masivas protestas campesinas dieron lugar a un programa de reforma agraria, impulsado por el gobierno civil instalado a continuación de la rebelión de 1973. A fin de apaciguar a los grandes terratenientes, sin embargo, esa reforma no afectó a las tierras privadas; en su lugar, lo que se distribuyó a los campesinos sin tierra fueron los bosques deforestados con el paso de los años y terrenos públicos ya invadidos; de hecho, lo que se hizo fue sacarlos del sector público para entregarlos a los pobres. Durante la siguiente década el gobierno, con el apoyo del Banco Mundial, inició una inspección de la propiedad de la tierra para promover la inversión y el cultivo. No obstante, dada la corrupción generalizada entre los funcionarios locales, lo que tuvo lugar de hecho fue una privatización general a bajo precio de las tierras comunales para finalidades tales como la construcción de instalaciones turísticas, campos de golf y alojamientos, o para obtener préstamos bancarios con la garantía de las propiedades ilegalmente adquiridas para especular en bolsa.

De la dictadura a la electocracia

El moderno Estado tailandés construido por los monarcas absolutistas de la dinastía Chakri a finales del siglo XIX y principios del XX adoptó deliberadamente como modelo los regímenes coloniales de las vecinas India y Singapur. La «constitucionalización» del Reino por sucesivos gobiernos militares autoritarios entre 1932 y 1973 alteró bien poco su estructura básica, la de una pirámide monárquico-burocrática voluntariamente colonial supercentralizada (aunque fragmentada). En el levantamiento de masas encabezado por los estudiantes del 14 de octubre de 1973, cuando cerca de medio millón de personas tomó las calles de Bangkok, el Estado se vio confrontado con un espectro que él mismo había creado: las bullentes fuerzas burguesas y pequeño-burguesas generadas por su política socioeconómica desigual y su plan educativo nacional de gran alcance. Aquel levantamiento derrocó la dictadura militar de los mariscales Sarit, Thanom y Praphat, que duraba ya quince años, para dar lugar a una democracia constitucional.

Pero si ése fue el 1789 de Tailandia, fue rápidamente seguido por el Terror del 6 de octubre de 1976, cuando manifestantes indefensos de la Universidad Thammasat de Bangkok fueron brutalmente masacrados por una turba de ultraderechistas respaldada por policías y paramilitares armados que acusaban a los estudiantes de un delito de lesa majestad⁵.

⁵ El mejor informe sobre estos dos acontecimientos decisivos en la moderna historia de Tailandia sigue siendo el de Benedict ANDERSON, «Withdrawal Symptoms» (1977), reeditado en

Aquella matanza abrió la vía para un golpe organizado por el Palacio Real con el que se restauró la dictadura. Como reacción, unos tres mil estudiantes, trabajadores y activistas de las ciudades se unieron al movimiento guerrillero maoísta en las remotas regiones de la jungla, en una alianza sin precedentes entre los intelectuales urbanos radicales y los campesinos rebeldes organizados en el campo. En octubre de 1977 un «contragolpe» de varios generales con mayor perspectiva promulgó una amnistía e inició una reforma política limitada. Los guerrilleros estudiantiles amnistiados regresaron en 1980, exhaustos y políticamente derrotados, encontrando que se había instalado un sistema parlamentario fácilmente corruptible que permitía compartir el poder entre los partidos burgueses y el ejército. Los antiguos radicales pudieron ser absorbidos indoloramente por el sistema mediante la cooptación por las ONG, los medios de comunicación de masas, etc.⁶, mientras que la escena política se veía dominada por una nueva generación, la de los *nak leuaktang* o «electócratas».

Los electócratas eran políticos elegidos que habitualmente contaban con un historial de empresarios provinciales y jefes de mafias locales y que por eso ignoraban en gran medida las cuestiones nacionales y macroeconómicas; estaban principalmente interesados en los beneficios personales o de grupo a corto plazo⁷. Para este estrato, el levantamiento de los activistas estudiantiles en 1973 y el subsiguiente establecimiento de una democracia parlamentaria fueron regalos inesperados, que les proporcionaron una oportunidad de oro para convertir su riqueza e influencia hasta entonces local en poder legal en el centro de la política nacional. El electócrata típico había construido su fortuna personal durante las décadas de 1960 y 1970 bajo el patrocinio de funcionarios locales corruptos, explotando la ayuda estadounidense destinada al esfuerzo bélico contra los Estados vecinos y los proyectos de desarrollo del gobierno militar orientados hacia el mercado. En general se dedicaban a negocios semilegales relacionados con licencias, títulos de propiedad y permisos —en resumen, aquellos en los que eran decisivas las conexiones políticas—, tales como especulación inmobiliaria, registro de la propiedad, obras públicas, transporte, cultivos para el mercado, entretenimiento, juegos de azar, loterías clandestinas, prostitución, tráfico de drogas, contrabando de bebidas alcohólicas, de armas y municiones, de tabaco, etc. Los conflictos difíciles con empresarios rivales y funcionarios poco dispuestos a cooperar se resolvían a menudo con ayuda de pistoleros mercenarios.

su libro *The Spectre of Comparisons. Nationalism, Southeast Asia and the World*, Londres y Nueva York, 1998.

⁶ Para un estudio sobre esa «semidemocracia» durante una década, véase Anek LAOTHAMATAS, *Business Associations and the New Political Economy of Thailand. From Bureaucratic Polity to Liberal Corporatism*, Boulder (CO) y Singapur, 1992.

⁷ Véase también Benedict ANDERSON, «Murder and Progress in Modern Siam», *op. cit.*; y Ruth McVEY (ed.), *Money and Power in Provincial Thailand*, Singapur, 2000.

Bajo la «nueva democracia», esas redes clientelares locales pudieron blanquearse y utilizarse con fines electorales. Entretanto, los propios electócratas se transformaron de negociantes mafiosos que tenían que regatear educadamente con los funcionarios locales, en respetables parlamentarios o ministros del gobierno, con jurisdicción sobre la promoción (o destitución) de sus antiguos «patronos». Una vez elegidos trataban la política como un tipo de negocio, vendiendo al mejor postor puestos de libre designación, contrataciones, concesiones o títulos de propiedad. Su avaricia incontrolada se veía alimentada por la necesidad de obtener suficientes «municiones» para las campañas electorales y poder así permanecer en el poder⁸. El sistema político tailandés desde finales de la década de 1980 hasta la promulgación de la reforma constitucional en 1997 puede describirse como *rabob leuaktangthipatai bon than rat ruamsoon*, una electocracia subida a lo alto de un Estado burocrático centralizado, consistente en cuatro capas diferentes: el electorado nacional, los recolectores locales de votos, las facciones partidarias y el gobierno. Analicémoslos ahora uno por uno⁹.

En la base de la electocracia están los 40 millones de votantes, la mayoría de los cuales es pobre, de escasa instrucción y origen rural. Con la mayoría de sus derechos constitucionales rutinariamente pisoteados por funcionarios arrogantes, políticos y jefes de las mafias locales debían tratar de sacar ventaja de lo único que les quedaba: vender sus votos a sus patronos políticos locales por dinero, empleo, protección o prestaciones informales de bienestar social. Con sus intereses largamente ignorados por los politicastos urbanos y los recursos locales agotados por el Estado y el sector privado, esos votantes obligados se convirtieron en cómplices voluntarios de los electócratas en la corrupción sistemática de la «democracia» electoral. Aprendieron por las malas que, a menos que vendieran sus votos en los momentos electorales, no obtendrían ningún otro beneficio tangible del sistema. La mayoría rural formó así una masiva base electoral, sólida como una roca, que aseguraba la victoria y el poder político de los electócratas y era prácticamente inaudible en lo que se refería a la planificación política.

La superioridad numérica de la Tailandia rural, junto a su «derecho» oficioso a vender sus votos, era sentida por los votantes de clase media ur-

⁸ Las expresiones *nak leuaktang* y *rabob leuaktangthipatai* fueron acuñadas hacia 1993-1994 por Khamnoon Sithisaman, comentarista político de *Phoojadkan Raiwan*, el principal diario de negocios en lengua thai. Sus traducciones como «electócratas» y «electocracia» son mías.

⁹ El siguiente análisis, de mi cosecha, se inserta en el marco sugerido por James OCKEY, «Political Parties, Factions and Corruption in Thailand», *Modern Asian Studies* XXVIII, 2 (1994); véanse también Michael WRIGHT, «Travels of King Chulalongkorn misrepresented», *The Nation*, 5 de julio de 1997, y Thongchai WINICHAKUL, «Prawattisat thai baeb rachachatniyom jak yuk ananikhom amphrang soo rachachatniyom mai reu latthi sadejpho khong kradumphhi thai nai pajjuban» [Historia monárquico-nacionalista desde la época del cripto-colonialismo hasta el actual nacionalismo monárquico, o el culto de la burguesía tailandesa hacia el rey-padre], *Sinlapawattthanatham* 3, 1 (noviembre 2001).

baña, especialmente en Bangkok, como «la tiranía de la mayoría rural» que permitía a los electócratas rapaces y poco escrupulosos de las zonas rurales gobernar mal las ciudades y administrar mal la economía. Como contrapartida, el principio liberal de los derechos de propiedad, el mayor poder de compra de las ciudades y la libertad económica poco democrática para comerciar, invertir, consumir, malgastar, explotar y contaminar, eran a su vez considerados por la gente del campo como constitutivos de una «sociedad urbana insolidaria» que enviaba a hordas de avariciosos funcionarios estatales a saquear el campo. Esta «historia de dos democracias», la rural frente a la urbana, generó una sociedad dividida que mantenía y reproducía la electocracia, siendo, sin embargo, impotente para controlarla¹⁰.

Recolectores de votos y facciones

Los recolectores locales de votos, alrededor de un millón, formaban el eslabón estratégico entre los electócratas habitualmente absentistas y sus electorados rurales. Durante las campañas electorales aseguraban el voto en bloque por los candidatos, repartiendo a cambio dinero o favores. Enraizados en los sectores, lícitos o ilícitos, de los gobiernos, empresas y centros religiosos o educativos a escala local, eran capaces de construir relaciones duraderas y de obtener la confianza de los votantes proporcionando servicios útiles en momentos de necesidad o realizando labores de mediación con agentes del Estado o el mercado. Estos cuadros eran indispensables para asegurar la victoria electoral de un candidato, y a diferencia de los respaldos financieros o de los candidatos alternativos, siempre disponibles, eran prácticamente irremplazables a corto plazo. El inconveniente era que, cuando llegaba el momento de las elecciones, solían ser los principales blancos para el asesinato a manos de los mercenarios contratados por los candidatos rivales y, por lo tanto, los primeros en morir como mártires involuntarios de la «democracia».

Formalmente hablando, se suponía que los electócratas pertenecían a determinados partidos políticos; en realidad, no obstante, estaban organizados en facciones o *mung* (literalmente, «mosquiteros»). La finalidad última de cada facción era participar en una coalición gobernante y utilizar entonces sus votos para negociar y obtener puestos ministeriales para sus dirigentes, según los principios de la aritmética política. Bajo la electocracia, los partidos políticos eran muy inestables y en su mayoría de corta vida, a menudo creados y disueltos a voluntad, mientras que las facciones eran en general bastante más estables y tendían a mantenerse unidas pese a sus frecuentes movimientos de un partido a otro. Las facciones

¹⁰ Véase Anek LAOTHAMATAS, «A Tale of Two Democracies. Conflicting Perceptions of Elections and Democracy in Thailand», en R. H. Taylor (ed.), *The Politics of Elections in South-east Asia*, Nueva York, 1996.

eran, por lo tanto, fundamentales en la política electocrática, mientras que los partidos eran prácticamente accesorios.

Era en las facciones donde tenían lugar los procesos políticos clave de coordinación de intereses. Sin embargo, sólo contaban realmente los intereses de las redes bien conectadas de patronos, y no hubo ningún intento serio de formular una política alternativa de conjunto. Las facciones y partidos simplemente derivaban sus plataformas del marco ya establecido por los tecnócratas estatales, lo cual éstos lo habían aprendido a su vez en Nueva York o en Chicago.

El gobierno, que de hecho no era sino el comité ejecutivo de los líderes de las facciones, constituía el pináculo institucional de la electocracia tailandesa y la más alta institución dispensadora de patrocinio, cuya función real, bajo el pretexto de gobernar el país y gestionar la economía, era apropiarse de los recursos públicos, recaudar tributos y transferirlos a través de los canales privados y faccionales a capas más bajas del sistema electocrático. El primer ministro, como líder de la principal facción del gobierno, no tenía mucho poder real sobre sus colegas, que a menudo amenazaban con retirarle el apoyo de su facción. Esa capacidad de veto efectiva menaguaba seriamente el margen de maniobra del gobierno. El resultado, en palabras de un importante líder del movimiento de reforma política de 1994-1997, era un sistema político estancado, «propenso a la corrupción, que excluía la eficiencia e imposibilitaba el liderazgo» y cualquier articulación coherente de los intereses de clase¹¹. A cualquier grupo social, incluidos los propios capitalistas, a falta de una relación patrono-cliente con los electócratas le resultaba prácticamente imposible acceder al sistema político e introducir sus demandas en el proceso legislativo. En resumen, la electocracia se convirtió en un sistema de gobierno de, por y para los electócratas y sus patronos.

La Corona

El Jefe del Estado y cumbre del sistema político era, por supuesto, el rey. Thongchai Winichakul ha sugerido recientemente que el «estrato inferior» profano de la política electocrática sufría un déficit de legitimidad crónico, por lo que dependía para su legitimación de la «capa suprema» de la corona¹². Esta última se suponía que permanecía en una esfera etérea fue-

¹¹ Prawase WASI, «Patiroop kanmeuang patriroop kanjadkan: thangkok jak saphawa wikrit» [Reforma política y de gestión. La vía para salir de la actual crisis], *Pboojadkan Raiwan*, 11 de abril de 1995.

¹² Véase Thongchai WINICHAKUL, «Kham hai phon prachathipatai baeb lang 14 tula» [Trascendiendo la democracia posterior al 14 de octubre], *Fa dieo kan* 3, 4 (octubre-diciembre 2005), pp. 142-164. El tema de ese número de *Fa dieo kan*, una revista radical de análisis político, era la monarquía y la sociedad tailandesas. Incluía una entrevista con Sulak Sivaraksa, un monárquico conservador disidente que se oponía a Thaksin. Los manifestantes en favor de Thak-

ra de la política, desprovista de discordias o de intereses faccionales. El rey sólo tenía en su corazón el interés nacional, y se dedicaba de una forma sabia y paternal al bienestar de sus pueriles súbditos, trabajando incansable y desinteresadamente para asegurar que el país permaneciera próspero y unido. El rey y sus consejeros privados de confianza sólo descendían de esa esfera sublime para intervenir en la política normal cuando era absolutamente necesario. Dado que el rey era considerado como el único ser no político y puramente moral en el universo electocrático tailandés, sus intervenciones políticas eran casi universalmente bien recibidas por el pueblo, que no las consideraba «políticas», ni siquiera «intervenciones» en absoluto, y el llamamiento en pro de un uso no constitucional de su prerrogativa real podía ingeniosamente hacerse en nombre de la democracia.

En Tailandia se ve por todas partes la imagen del rey. Sus retratos adornan las chozas de los pobres del campo y las oficinas con aire acondicionado de las multinacionales, los austeros templos budistas y los burdeles de las callejuelas, las enormes vallas que bordean las congestionadas calles de las ciudades, los billetes de banco y las monedas que se llevan en el bolsillo*. Cada tarde a las ocho se emiten en los seis canales de televisión privados servicios informativos idénticos que muestran las últimas apariciones públicas del rey y su familia. Los ocasionales discursos del rey son filmados, cuidadosamente editados y más tarde emitidos por todos los canales de acuerdo con sus deseos; las transcripciones son subsiguientemente publicadas por todos los periódicos y revistas importantes. El rey ha estampado metódicamente su huella en la vida de prácticamente todos los miembros de la elite del país. Durante más de cuarenta años, cada licenciado universitario ha recibido formalmente su título de manos del rey; cada general del ejército o de la policía ha sido personalmente «nombrado caballero» por él en una ceremonia solemne. Por tradición, una fotografía de ese momento glorioso figura en lugar preferente en cada oficina o sala de estar. Esa omnipresente imagen, benigna y paternal, parece inocua hasta que uno se da cuenta de que lo que representa de hecho es la encarnación totalizadora de la estatalidad tailandesa y la moralidad pública; entonces uno comienza a tener una peculiar sensación de ser observado en todas partes, todo el tiempo.

Aunque en 1932 la revolución constitucionalista de los militares de rango medio y funcionarios estatales del Partido Popular privó a la monarquía del poder absoluto, una contrarrevolución cultural pasiva durante las últimas cinco décadas ha convertido al rey Bhumibol (nacido en 1927) en el monarca más poderoso de la historia moderna de Tailandia, mucho más poderoso, de hecho, que la mayoría de sus predecesores absolutistas.

sin alegaron que la entrevista insultaba al Rey y quemaron una copia el 28 de marzo de 2006; la policía puso en práctica una orden de secuestro. Diez días después Sulak Sivaraksa y el director de la revista, Thanapol Ewsakul, fueron acusados de lesa majestad.

* En el bolsillo delantero, ya que se considera una ofensa grave meterse la billetera en el bolsillo trasero del pantalón, porque te sientas sobre el rostro del rey. [*N. del T.*]

Al llegar al trono inesperadamente a la edad de diecinueve años, sucediendo a su hermano mayor el rey Ananda Mahidol, que murió de un disparo en misteriosas circunstancias, el rey Bhumibol no tenía experiencia política ni una base de poder en Tailandia, al haber pasado la mayor parte de su adolescencia en Estados Unidos y Europa. Al regresar al país en 1951 tras completar su educación en el extranjero, fue construyendo gradualmente su poder cultural y político bajo la férula protectora y avasalladora de sucesivos tutores militares.

La construcción de la hegemonía real

Al no existir una tradición monárquica constitucional, el rey se vio obligado a inventar una. Desde principios de la década de 1950 viajó por todo el país, visitó pueblos remotos e inició miles de proyectos de desarrollo, destinados tanto a aliviar la pobreza como a combatir la subversión comunista; el objetivo era crear una sólida base contrarrevolucionaria en el campo¹³. En la década de 1980 los proyectos iniciados por el Palacio Real eran tan vastos que se tuvo que crear una nueva agencia gubernamental encuadrada en la Oficina del Primer Ministro para coordinarlos, con un presupuesto anual de alrededor de 2.000 millones de bahts, o sea, 50 millones de dólares¹⁴. Durante sus viajes por el país, el rey también fue reclutando metódicamente funcionarios, policías y militares en una red personal de contactos. Se creó un equipo especial para mantener al día el registro de esa red monárquica, que a mediados de la década de 1970 se estimaba que incluía a unas seis mil personas¹⁵. Además de ese marco organizativo, el estatus del rey está, por supuesto, apuntalado por las leyes de lesa majestad. La sección 112 del Código Penal estipula una condena de prisión de tres a quince años por cualquier insulto, ultraje o expresión de mala voluntad hacia la familia real; esa acusación ha sido a menudo aplicada a los opositores políticos, ya que en la cultura tailandesa supone un estigma social severo e incluso mortal, como se evidenció en octubre de 1976 en la masacre de opositores de izquierda en la Universidad de Thammasat.

Un factor crucial en la constitución de la hegemonía monárquica ha sido el desarrollo de una ideología que reivindica un monarco-nacionalismo específicamente tailandés, articulada por intelectuales e ideólogos leales,

¹³ Véase la investigación pionera de Chanida CHITBUNDID, «The Royally Initiated Projects. The Making of Royal Hegemony», tesis MA, Universidad de Thammasat, 2004.

¹⁴ Después del crac de 1997 el nacionalismo monárquico se complementó con el concepto de *Settbakij phopbiang*, o autosuficiencia económica, con el que el rey promovía una forma simple de vida frente al consumismo y los valores materialistas. Las estimaciones de la fortuna de la familia real van de 2.000 a 8.000 millones de dólares, gestionados por la Oficina de Propiedades de la Corona y con participaciones en empresas como Cementos de Siam y el Banco Comercial de Siam. Alrededor de 36.000 de las propiedades de la OPC son prestadas o alquiladas a terceros.

¹⁵ Sobre el concepto de «red monárquica» véase Duncan McCARGO, «Network monarchy and legitimacy crises in Thailand», *Pacific Review* XVIII, 4 (diciembre 2005).

que consta de dos temas principales. El primero es una mitología del periodo colonial, según la cual los prudentes reyes de la dinastía Chakri —especialmente el rey Chulalongkorn (1868-1910), abuelo del actual— «salvaron» Siam de la ocupación europea mediante la oportuna modernización y reforma del Estado¹⁶. El segundo tema presenta la monarquía como garante de la democracia. En los relatos sobre la revolución constitucional de 1932 el lugar preeminente se otorga no a los insurrectos del Partido Popular, sino al rey Prajadhipok (1925-1935), tío del actual, que cedió desinteresadamente su poder absoluto para promover una transición pacífica a una monarquía democrático-constitucional.

Tras la sublevación de 1973, esos dos temas se unieron: la burguesía tailandesa atribuyó al rey Bhumibol la salvación de la nación y la democracia frente a la dictadura militar y la amenaza comunista¹⁷. En el contexto de las grandes manifestaciones antigubernamentales y de una crisis de legitimidad de la clase dominante, la intervención personal del rey fue decisiva para restaurar la ley y el orden y sustituir el odiado gobierno por otro nombrado por él mismo. La percepción de la amenaza a la terna monarquía-nación-democracia desapareció y el prestigio del rey aumentó más aún, tanto que pasó a ser popularmente considerado como fuente de la legitimidad política.

Pero el resultado final de la sublevación de 1973 y sus derivaciones fue, como hemos visto, el surgimiento de la electocracia clientelista y pandillera. Visto bajo esa luz, el efímero golpe militar de 1991 puede entenderse como un intento tardío de resolver los múltiples problemas del sistema electocrático mediante el método tradicional de la ley marcial. Bajo el llamado Consejo Nacional de Mantenimiento de la Paz, los bienes injustificados de los políticos «desacostumbradamente ricos» fueron arbitrariamente confiscados y se promulgó una nueva Constitución para restaurar el viejo orden; pero los generales no estaban al día de las novedades posteriores a la Guerra Fría. Durante el *boom* de la década de 1980 la burguesía tailandesa había aumentado en tamaño, riqueza y confianza, la economía se había vuelto más abierta y globalizada y las clases medias se habían desarrollado hasta tal punto que la «semidemocracia» ya no resultaba aceptable. El levantamiento popular de mayo de 1992 que derrocó el régimen del general Suchinda Kraprayun difería del de octubre de 1973, aunque pareciera reproducirlo: los antiguos comunistas y radicales eran más viejos, quizá más ricos, y no hubo una masacre posterior¹⁸. Pero de nuevo la interven-

¹⁶ Según una concepción alternativa, la dinastía dependía estrechamente del capital y armamento de sus asesores europeos, después de que éstos hubieran eliminado a los tradicionales enemigos de Siam, esto es, Birmania, Camboya, Vietnam y Malasia. Véase B. Anderson, «Withdrawal Symptoms», cit., p. 162.

¹⁷ Esta argumentación se basa en Thongchai Winichakul, «Prawattisat thai baeb rachachatniyom», cit.; y Benedict Anderson, «Studies of the Thai State. The State of Thai Studies», en Eliezer Ayal (ed.), *The Study of Thailand*, Athens (OH), 1978.

¹⁸ Para un análisis sucinto del levantamiento de 1992, véase Anek LAOTHAMATAS, «Sleeping Giant Awakens. The Middle Class in Thai Politics», *Asian Review* 7 (1993), pp. 78-125.

ción del rey constituyó el punto culminante, cuando apareció para restaurar el orden y nombrar un nuevo gobierno. Los bienes inconstitucionalmente confiscados fueron devueltos a sus propietarios legales, aunque turbios, y los militares se situaron al margen, detrás del rey¹⁹.

¿Democratización?

Pero cuando la política tailandesa dejó atrás el levantamiento de mayo de 1992 se encontró exactamente con el mismo problema: la electocracia. Ahí comenzó un movimiento de reforma política que pretendía hacer frente a la electocracia sin recurrir a medios inconstitucionales, y que culminó en la redacción de la reforma constitucional de 1997. En ese movimiento había dos corrientes diferentes, a veces en conflicto, que conviene distinguir: los proyectos liberal y reformista-democrático. El primero reflejaba el creciente peso social y la confianza en sí mismas de las nuevas clases comerciales, en gran parte de origen étnico chino, que veían a los directivos profesionales o gestores financieros como candidatos más legítimos para el gobierno que los generales o electócratas, los cuales no tenían idea de cómo gestionar la globalización. Se unieron al consenso liberal de las instituciones internacionales: un sistema político deseable debía respetar los derechos humanos, limitar la intervención del Estado y asegurar el desarrollo de una economía desregulada de libre mercado. Los principales defensores del proyecto de reforma liberal eran ejecutivos de las grandes empresas, políticos urbanos, economistas ortodoxos, tecnócratas del Estado y defensores de los derechos humanos.

La corriente reformista democrática, en cambio, ponía el acento en la «política popular» y esperaba construir una red a escala nacional a partir de una alianza de campañas y organizaciones locales, ONG desarrollistas e intelectuales públicos, bajo la bandera de una «economía autosuficiente» igualitaria, basada en las comunidades rurales. En el periodo posterior a 1992, con el ambiente más abierto que siguió a la salida de los militares, se produjo un aumento de las protestas de base contra las iniquidades socioeconómicas y ecológicas del *boom* neoliberal. En 1994 se registraron 739 manifestaciones de masas, en 1995 754 y en 1997 1.200²⁰. Los activistas de la

¹⁹ Después de 1992, el conflicto entre diferentes promociones de graduados en la Academia Militar de Chulachomkloa, que había prevalecido en las fuerzas armadas, remitió cuando oficiales «profesionales» que se consideraban en primer lugar y ante todo «soldados de Su Majestad el Rey» tomaron el control. Entre ellos destacaba el general Surayudh Chulanonda, comandante en jefe del ejército entre 1998 y 2002 y luego comandante supremo de las fuerzas armadas hasta 2003 e incorporado al Consejo Privado tras su retiro; fue ayuda de campo del general Prem Tinsulanonda, primer ministro en la década de 1980 y antiguo comandante en jefe, actualmente presidente del Consejo Privado y uno de los dos Hombres de Estado Honorarios nombrados por el rey.

²⁰ Véase Prapart PINTOBTAEANG, *Kanmeuang bon thong thanon* [Política a nivel de calle: 99 días de la Asamblea de los Pobres e historia de las manifestaciones de masas en la sociedad tailandesa], Bangkok, 1998, p. 121. Para otros estudios del movimiento de la «política

«política popular» más implicados en esas protestas, veteranos de la Generación de Octubre de la década de 1970, compartían formación, mentalidad y un estilo comunes, favorables a las movilizaciones y menos subordinados al Parlamento y otras instituciones formales. Su arena política preferida era la calle y su ideal una democracia directa participativa, mientras pretendían transformar al mismo tiempo la burocracia estatal en un foro público para la negociación entre distintos grupos de intereses.

Hablando en general, el movimiento de la «política popular» daba preferencia al campesinado y al campo, a expensas de los habitantes de las ciudades y los obreros. Su discurso tendía a quitar importancia a las clases y los conflictos de clase y prefería hablar de «los pobres» o «los grupos marginales». A diferencia de la izquierda radical de la década de 1970, el movimiento de la «política popular» aceptaba el discurso democrático monárquico-nacionalista de la monarquía constitucional. En último análisis, constituía una oposición extraparlamentaria leal encuadrable en la fórmula oficial tailandesa del «régimen democrático de gobierno con el Rey como Jefe del Estado».

La crisis financiera y la Constitución de 1997

Desde mediados de la década de 1990 esas dos corrientes convergieron bajo el liderazgo del Dr. Prawase Wasi, el ex primer ministro Anand Panyarachun y el profesor Chai Anan Samudavanija, para formar un movimiento reformista a escala nacional que consiguió presionar a la clase política para redactar una nueva Constitución. El prolijo documento que resultó reafirmaba, por supuesto, la naturaleza de la entidad política tailandesa como «régimen democrático de gobierno con el Rey como Jefe del Estado» y proclamaba los acostumbrados derechos a la propiedad privada y a la libertad civil. Se revisó la estructura de la Asamblea Nacional asignando 500 escaños a la Cámara de Representantes y 200 al Senado, con un límite inferior del 5 por 100 de los votos para dejar fuera a los partidos más pequeños. También se crearon once instituciones independientes, incluida una Comisión Electoral, un Tribunal Constitucional y una Comisión Nacional Contra la Corrupción, con el propósito de asegurar la transparencia de los procesos electorales y legislativos. Los ministros quedaron obligados a declarar sus bienes antes de tomar posesión de su puesto.

Lo más importante es que la reforma constitucional pretendía enmendar las deficiencias de la electocracia mediante una concentración sin precedentes del poder ejecutivo en el primer ministro, por encima del gobierno, la burocracia estatal y el Parlamento. Le daba poderes muy amplios

popular» posterior a 1992, véanse Pasuk PHONGPAICHT *et al.*, *Witbi chiwit witbi soo* [Forma de vida y métodos de lucha: movimientos populares contemporáneos], Chiang Mai, 2002; y Seksan PRASERTKUL, *Kanmeuang phak prachachon nai rabob prachathipatai thai* [Política popular en el régimen democrático tailandés], Bangkok, 2005.

para nombrar y destituir a los ministros y altos funcionarios y para reestructurar por decreto las agencias estatales. También hacía más difícil a la oposición presentar una moción de censura al gobierno. Es esta tercera característica, implícitamente autoritaria, la que convierte la Constitución de 1997 en un documento profundamente ambiguo. Tras la fachada liberal-democrática contiene también algunos elementos puramente elitistas, por ejemplo que no se puede elegir para el Parlamento a quien no tenga un título de bachillerato. Esa disposición, promovida por los intelectuales de la «minoría urbana» hostiles a la «tiranía de la mayoría rural», no hace nada por elevar el nivel educativo de los parlamentarios –los políticos corruptos pueden comprar fácilmente un título de bachillerato–, pero dice claramente a millones de tailandeses pobres: «Esta Constitución es para nosotros, no para vosotros».

Mas la reforma constitucional podría haber permanecido en un limbo legal de no haber sido por la crisis financiera que se desató en julio de 1997, provocando el peor crac económico de la historia moderna de Tailandia. El Reino había seguido confiadamente los giros y virajes de la ortodoxia económica estadounidense durante todo el periodo de posguerra, desde los programas de sustitución de importaciones de las décadas de 1950 y 1960 hasta los ajustes estructurales de la década de 1980. En la de 1990 era una cuestión de lealtad ideológica mantener invariable el tipo de cambio de veinticinco bahts por un dólar, aun cuando éste se revaluaba rápidamente, erosionando pronto la competitividad de los productos fabricados para la exportación (vestidos, tejidos) y aumentando las dificultades de los sectores de montaje de alta tecnología dependientes de las importaciones (accesorios para ordenadores y piezas de recambio para automóviles). A partir de 1995, el creciente déficit por cuenta corriente sólo se financiaba mediante entradas de capital a corto plazo; el *boom* alimentado por el crédito se basaba en una inversión no regulada y a menudo temeraria. La hora de la verdad de la capacidad excesiva, la caída de las exportaciones y los préstamos no redituables llegaron en el verano de 1997. El capital extranjero huyó. Los aterrorizados funcionarios del Banco de Tailandia recurrieron al uso de la mayor parte de las reservas en divisas del país en un intento desesperado de salvar el baht, sin conseguirlo. El Banco se vio obligado a abandonar el tipo de cambio fijo con el dólar el 2 de julio de 1997, y la moneda se derrumbó en caída libre. Al año siguiente el PIB se contrajo en nada menos que el 10,5 por 100. A medida que se desarrollaba la crisis, dos tercios de los grandes capitalistas tailandeses fueron a la quiebra, miles de empresas cerraron, y dos tercios de los bancos comerciales privados desaparecieron o cambiaron de manos. Un millón de trabajadores perdió su empleo y tres millones más cayeron por debajo del umbral de la pobreza²¹.

²¹ Véase el «Report on the Analysis and Evaluation of the Facts behind Thailand's Economic Crisis» de la Comisión Nukul, Bangkok, 1998, y también Pasuk PHONGPAICHTIT y Chris BAKER, *Thailand's Crisis*, Chiang Mai, 2000. Para una perspectiva comparativa a escala regional, véase Benedict ANDERSON, «Sauve Qui Peut», *Spectre of Comparisons*, cit., pp. 299-317.

Uno de los efectos de la crisis –agravado, aunque no creado, por la mala gestión macroeconómica de sucesivos gobiernos electocráticos– fue estimular la voluntad política de reforma; la nueva Constitución entró en vigor en octubre de 1997. Otro fue suscitar un amplio escepticismo acerca del proyecto de globalización neoliberal. La industria tailandesa, especialmente las grandes empresas dedicadas a la exportación, estaba al borde de la quiebra; la mayoría de ellas sólo pudo sobrevivir tras ser absorbida por sus socios multinacionales. Entre sus propietarios y gestores –e igualmente entre los muchos trabajadores despedidos– se produjo un amplio resurgimiento del nacionalismo económico como respuesta al crac, enfrentando «la nación tailandesa» a la globalización. Las nuevas clases medias se sentían confusas: debían su ascenso en la escala social a una economía relativamente libre y abierta, pero al mismo tiempo descubrieron que podían perderlo todo en ella, como de hecho les sucedió a muchos. Esta revelación traumática de su inseguridad ha alimentado una nueva cultura de indiferencia mutua junto con la intensificación del nacionalismo económico. En su desesperada lucha individual por adaptarse a la crisis, no pudieron hacer otra cosa que darse la espalda unos a otros y pretender no ver el sufrimiento de los demás, por la simple razón de que a ellos mismos les resultaba muy difícil sobrevivir. El resultado fue un brusco decrecimiento de la acción colectiva de protección mutua y un grave debilitamiento de la sociedad civil²².

Pero no todo el mundo salió tan malparado de la crisis. Los supervivientes solían ser aquellos que habían hecho su fortuna mediante concesiones monopolistas en el mercado doméstico de las telecomunicaciones. Todavía tenían dinero que quemar cuando el resto del capital doméstico se había hundido o vendido a las multinacionales. Pudieron comprar parlamentarios o candidatos a serlo en un momento en que las facciones electocráticas se despedazaban mutuamente por la liquidez. Desde el punto de vista de la élite de los grandes negocios, las razones para una profunda reforma política eran muy obvias. Enfrentadas a la turbulencia llena de riesgos del sistema capitalista globalizante, y a los movimientos de protesta cada vez más impacientes y envalentonados en el país, no les bastaba un gobierno que les favoreciera pero al mismo tiempo tuviera sus intereses propios, ya fueran los de los militares, los tecnócratas o los electócratas. Esas viejas elites gobernantes no habían sabido proteger los intereses de las grandes empresas. Por eso es por lo que Thaksin y otros consideraron necesario crear su propio partido, para tomar el control del Estado y administrar los riesgos y oportunidades de la globalización económica para sí mismos y sus compinches²³. Fueron esos grupos empresariales y sus familias quienes constituyeron el núcleo del partido Thai Rak Thai y del gobierno de Thaksin.

²² Véase la observación del historiador tailandés Nidhi AEUSRIVONGSE en el debate sobre derechos humanos sobre el que se da cuenta en *Maticchon Raiwan*, 8 de agosto de 2004.

²³ Pasuk PHONGPAICHT, «A country is a company, a PM is a CEO», *Bangkok Post*, 21 de abril de 2004.

El camino hacia el poder

Thaksin Shinawatra nació en 1949 en la provincia septentrional de Chiang Mai, formando parte de la tercera generación de una familia étnicamente china del clan Ju emigrada a Tailandia, con vastos intereses en el comercio de la seda y muchos lazos con los hombres de negocios locales y la elite política. El padre de Thaksin se metió en política y fue elegido dos veces parlamentario por la provincia de Chiang Mai. Él estudió en la Escuela de Cadetes, prosiguiendo su formación en la Academia de Policía, donde se graduó con las mejores calificaciones en 1973. Realizó su aprendizaje político con Prida Patthanathabut, un amigo de su padre que trabajaba en la Oficina del Primer Ministro. Entre sus tareas se contaba «recolectar dinero de algunas grandes figuras del ejército, préstamos de algunos ministros y distribuir el dinero a los congresistas o ministros cuya “mano” [voto] necesitaba el gobierno»²⁴. Tras obtener un doctorado en Derecho penal en la Universidad estatal Sam Houston de Texas (1974-1978), Thaksin regresó a su país y emprendió una serie de negocios aventurados, casándose con la hija de un importante cargo en la policía*. Su primer éxito relevante lo obtuvo con un contrato para informatizar un importante centro de policía.

A principios de la década de 1990 la floreciente electocracia, la economía de la burbuja y la ortodoxia neoliberal proporcionaron la oportunidad ideal a Thaksin para construir su propio imperio de telecomunicaciones e iniciar su carrera política. Combinando el *know how* de la alta tecnología y el de la política con una generosa lubricación de los engranajes, cultivó hábilmente las relaciones con importantes burócratas y ministros del gobierno para obtener una serie de lucrativas concesiones y licencias de telecomunicaciones, incluidas radiobúsqueda, teléfonos móviles, televisión por cable, satélites, etc. Cabildeó con éxito en el Ministerio de Finanzas para conseguir que sus empresas concesionarias fueran incluidas en el floreciente mercado de valores, inundado por el dinero que llegaba del extranjero a raíz de la desregulación financiera. En 1994 el valor total de las acciones de las empresas Shinawatra era de 2.400 millones de dólares. Thaksin se había convertido así, en sólo cuatro años, de un hombre de negocios en lucha por la supervivencia en un magnate multimillonario de las telecomunicaciones.

Dados los estrechos vínculos entre el desarrollo de las telecomunicaciones y la concesión de licencias por determinados ministerios, es fácil entender que a Thaksin le resultara casi indispensable entrar en política. Haciendo uso de sus millones recién adquiridos, se incorporó al partido idóneamente denominado Phalang Tham (Fuerza Moral) y pronto heredó el lideraz-

²⁴ Pasuk PHONGPAICHT y Chris BAKER, *Thaksin. The Business of Politics in Thailand*, Chiang Mai, 2004, p. 38. Es el mejor informe disponible en inglés sobre el régimen de Thaksin.

* Hasta 1980 fue vicesuperintendente de la Subdivisión de Planificación de la Oficina Metropolitana de Policía. [N. del T.]

go del general Chamlong Srimuang. Sin embargo, su imagen como cazador de concesiones perjudicó a sus contactos en el gobierno y acabó por destruir el partido. Thaksin lo abandonó y fundó el suyo propio, Thai Rak Thai, en julio de 1998. Disfrutaba de una buena posición para sacar ventaja de la coyuntura: una crisis económica desesperante y un ferviente aunque ambiguo deseo de reformas políticas. Para las elecciones de enero de 2001, las primeras que se celebraron bajo las disposiciones de la Constitución de 1997, reclutó a antiguos activistas de la década de 1970 con el fin de llevar a cabo una campaña de alta tecnología proponiendo un sinnúmero de medidas populistas para atraer a los votantes rurales. Ayudado por las nuevas reglas electorales, el TRT obtuvo un impresionante resultado de 11 millones de votos y 248 escaños en la Cámara de Representantes, marginando a los demás partidos, de los que los Demócratas de centro derecha (hablando relativamente) seguían siendo la fuerza principal.

Entre sus patrocinadores estaba Sondhi Limthongkul, cuyo Manager Media Group saludó inicialmente a Thaksin como «el mejor primer ministro que había tenido nunca Tailandia». Los paralelismos entre las carreras de ambos son sorprendentes. Sondhi nació en 1947, en Bangkok, en una familia inmigrante del Kuomintang. Su padre, antiguo oficial en la academia militar Whampoa, creó una editorial para vender obras en chino a sus colegas inmigrantes. Su educación elitista incluía un internado con misioneros franceses, cursos de chino e ingeniería mecánica en Taiwan, y luego Historia en la Universidad de California, en Los Ángeles, y en la Universidad estatal de Utah. Al regresar a su país en 1973 se convirtió en director ejecutivo de la revista de izquierdas *Prachathipatai* [Democracia] a la edad de veintisiete años. En 1983 había lanzado al mercado varias publicaciones, y en 1990 consiguió incluir su Manager Media Group entre las sociedades con cotización en bolsa.

Tras un breve exilio por su oposición al golpe militar de 1991, a partir de 1992 situó a su grupo en la primera línea de la celebración de la «nueva economía», propagando el vocabulario de moda de la globalización, la revolución informática, la sociedad del conocimiento, etc. El propio Sondhi no sólo hablaba con gran soltura la nueva lengua, sino que también recorría –temerariamente– la nueva vía. Con los enormes créditos obtenidos con la garantía de sus sobrevaloradas acciones, emprendió una compra alocada de empresas de tecnología de la información, editoriales y revistas, invirtiendo grandes cantidades en un proyecto conjunto de satélite con el gobierno laosiano para hacer llegar la televisión digital a una audiencia de dos mil millones de personas en la región de Asia-Pacífico, y planeaba entrar en el reñido mercado de los teléfonos móviles, obteniendo la concesión de Nokia para toda la región. En vísperas del crac de 1997, el aspirante a «magnate de los medios en Asia» contaba con un patrimonio personal de 600 millones de dólares según la revista *Fortune*.

Cuando se desató la crisis en julio de 1997, el vasto e hipertrofiado imperio de Sondhi debía 20.000 millones de baht (800 millones de dólares) y

el propio Sondhi 1.500 millones al Banco Krung Thai, lo cual le obligó a declarar una suspensión de pagos por tres años. Acusando de su desgracia al gobierno de Chuan Leekpai bajo la tutela del FMI, en 2001 puso su periódico *Phoojadkan Raiwan* al servicio de Thaksin y experimentó un cambio de fortuna casi inmediato, debido en gran medida a los muchos amigos y colegas suyos que entraron a formar parte del gobierno. El nuevo ministro de Comercio y Finanzas de Thaksin era Somkid Jatusripitak, cofundador del Manager Media Group y columnista del *Phoojadkan Raiwan*. Su principal asesor político era Pansak Vinyaratan, director del ahora difunto *Asia Times* de Sondhi. El presidente de la Autoridad Generadora de Electricidad de Tailandia era Chai-Anan Samudvanija, intelectual en nómina del Manager Media Group y director de varias de las fundaciones de Sondhi. El director ejecutivo de la compañía Thai Airways International era Kanok Abhiradee, gerente de una de las empresas de Sondhi, y el presidente-director general del Krung Thai Bank era el antiguo banquero de Sondhi Viroj Nualkhair. Las campañas publicitarias de las empresas estatales comenzaron a aportar grandes cantidades de dinero al Manager Media Group. Su deuda de 1.800 millones con el Krung Thai Bank le fue generosamente reducida a 200 millones. El Grupo lanzó un servicio de televisión por satélite (Asia Satellite TV) desde Taiwán para toda la región de Asia-Pacífico. Un canal de televisión público incluyó en su programación semanal el contundente programa de entrevistas de Sondhi, naturalmente favorables al gobierno.

Financiación desde el Estado del voto a Thaksin

El caso Sondhi, que se aplica en diferentes grados a muchos otros, ilustra la estrategia de «globalización orientada al capitalismo de camarilla» tan vigorosamente emprendida por el gobierno de Thaksin, con el aplauso de la prensa financiera occidental. Combinaba un ambicioso programa de privatizaciones (energía, agua, transportes, telecomunicaciones), que proporcionaba miles de millones a sus compinches, con algunos proyectos infraestructurales rimbombantes y algunas migajas para su base electoral en las aldeas: microcréditos, alivio de las deudas de los campesinos, una tarifa reducida de 30 bahts (alrededor de 75 centavos de dólar) por visita al hospital, etc. El Fondo Comunitario Rural y Urbano dedicó aproximadamente 25.000 dólares (un millón de bahts) a cada una de las más de 70.000 aldeas de Tailandia y más de 4.000 comunidades urbanas. El programa de «treinta bahts por visita al hospital» fue bien recibido, como lo sería cualquier mejora en la sanidad rural, pero fue puesto en práctica a toda prisa, deficientemente gestionado y escasamente financiado, lo que dio lugar a un exceso de trabajo y desmoralización del personal médico y llevó casi a la bancarrota a muchos hospitales rurales. En cuanto al programa de microcréditos, si bien permitió una expansión del mercado de teléfonos móviles y motocicletas, también hizo crecer el endeudamiento de las familias, que pasó de 70.586 bahts (1.764 dólares) –5,7 veces los ingresos mensuales medios de una familia– en 2000, a 84.603 bahts (2.115 dólares) –6,1 veces

los ingresos mensuales— en 2002. En las familias más pobres, el aumento fue de 20.083 bahts –11,5 veces los ingresos mensuales— a 24.188 bahts –15,2 veces los ingresos mensuales— en el mismo periodo.

Una investigación realizada en 2002 descubrió que, como consecuencia de la especulación inmobiliaria en la economía de la burbuja, 500.000 familias campesinas estaban sin tierra, mientras que 30 millones de *rai* de tierra cultivable (un *rai* equivale a 1.600 metros cuadrados) estaban sin cultivar. La única respuesta racional sería un programa radical de redistribución de la tierra, a falta del cual el campesinado tailandés se ha visto obligado a apretarse el cinturón. Aunque cerca del 70 por 100 de la población sigue viviendo todavía en el campo, el 60 por 100 de sus ingresos proviene ahora del empleo en sectores no agrícolas, lo que incluye el trabajo pagado en la economía informal local y el trabajo asalariado en las ciudades, gestionado por intermediarios locales. Este tipo de empleo es irregular e inseguro y cae fuera de las previsiones de la Seguridad Social. Al involucrarse más profundamente esos jóvenes trabajadores en la economía monetaria y el estilo de vida consumista, el dinero sustituye a la solidaridad y a la cultura del crédito asume la función de la red de seguridad comunitaria en desaparición. Hablando económicamente, dependen cada vez más de los intermediarios que constituyen el vínculo entre la ciudad y el campo: comerciantes de cultivos para el mercado, agentes de los acreedores urbanos, jefes de grupos de peones contratados, subcontratistas, etc. Políticamente, esos intermediarios también sirven como recolectores locales de votos que movilizan sus respectivas redes para los electócratas. A este respecto, la política populista de Thaksin equivale al uso del presupuesto estatal para acaparar al por mayor a esos recolectores para su partido Thai Rak Thai.

En manos de Thaksin –como si los sueños de los reformadores de 1992 hubieran sufrido alguna monstruosa modificación genética–, la Constitución de 1997 se ha demostrado totalmente adecuada para un gobierno autoritario-populista de y para los grandes hombres de negocios. Haciendo uso de sus recursos financieros, su acrecentado poder ejecutivo y su abrumadora mayoría parlamentaria, Thaksin se apresuró a amañar o distorsionar las instituciones creadas constitucionalmente como controles y equilibrios, para socavar o neutralizar su poder²⁵. El gobierno intervino en la selección de candidatos para algunos de sus órganos, se negó a cooperar con ellos, obstruyó su trabajo o incluso les ofreció sobornos²⁶. Un caso

²⁵ Véase Rangsun THANAPORNUN, «5 pi patiroop kanmeuang thai nai mummong setthasat [Cinco años de reforma política desde la perspectiva de la economía], *Fa dieo kan* I, 3 (julio-septiembre 2003); Saneh CHAMARIK, «Wikrit ratthathammanoon 2540 kheu wibakkam khong phaendin» [La crisis de la Constitución de 1997 es una experiencia terrible para el país], *Khao Sod*, 13 de enero de 2003.

²⁶ Algunos ejemplos serían los siguientes: «Warning on “secret killings”», *Bangkok Post*, 3 de febrero de 2003; «Groups lament govt meddling in media», *Bangkok Post*, 3 de febrero de 2003; «A terribly important short cut?», *Bangkok Post*, 23 de agosto de 2003; «Govt rejects rights panel’s probe report; Commission finds police in the wrong», *Bangkok Post*, 27 de agosto de

temprano que sirvió como muestra se produjo cuando la Comisión Nacional contra la Corrupción acusó a Thaksin de haber ocultado bienes por valor de alrededor de 100 millones de dólares, o 4.500 millones de baht, cuando era ministro en 1997-1998; los bienes en cuestión se habían puesto a nombre de su ama de llaves, su sirvienta, su chófer, su guardia de seguridad, etc. El caso fue remitido al Tribunal Constitucional, en el que Thaksin arriesgaba verse proscrito de la política durante cinco años si era declarado culpable. En agosto de 2001, bajo una intensa presión, el Tribunal falló en favor de Thaksin en una controvertida votación de 8 a 7. El primer ministro retomó la iniciativa desencadenando una serie de «guerras» contra traficantes de drogas, jefes mafiosos, ONG de derechos humanos y desarrollo, movimientos de protesta de base y separatistas musulmanes malayos en el sur, cuyo éxito se midió en términos del número de cadáveres generado por las operaciones policiales.

El sur

La insurgencia separatista en el sur —las provincias de Pattani, Yala, Narathiwat, Satun y Songkhla, fronterizas con Malasia— comenzó poco después de la Segunda Guerra Mundial como respuesta a una larga historia de anexión, represión y discriminación por parte del Estado tailandés de mayoría budista centrado en Bangkok. El movimiento separatista ha tenido sus altos y bajos, dependiendo de la política gubernamental y de sus querrelas internas. En 1981, bajo el gobierno del general Prem Tinsulanonda, se estableció un Centro Administrativo de las Provincias Fronterizas del Sur (CAPFS) y un grupo operativo conjunto civil-policial-militar (CPM 43) que funcionaría como «el gobierno en la línea del frente», haciendo más eficientes las cadenas de mando burocráticas y proporcionando a los líderes locales religiosos y comunales acceso directo al poder gubernamental. La insurgencia separatista remitió y muchos rebeldes se rindieron a las autoridades para reanudar una vida normal, dedicándose parte de ellos al contrabando fronterizo y al mercado negro bajo la protección de los funcionarios locales del gobierno. Así, durante dos décadas ha habido en el sur una paz —empapada de corrupción, pero paz al fin y al cabo— mantenida por la actuación del CAPFS y el CPM 43 como centro de compensación de los intereses y comunidades locales, bajo la dominación conjunta de la Cuarta Área del Ejército, la «red monárquica» y los políticos locales del Partido Demócrata.

Thaksin pretendía dismantelar ese orden y sustituirlo por el suyo propio bajo el control policial. Informado por el Alto Mando de la policía de que los disturbios remanentes en el área eran de tipo delincriminal, provocados por unos pocos cientos de «pequeños bandidos», e inclinado por su propia

2003; «Judge “lobbied” in PM’s assets case; Court told of judge’s reluctance to face fact», *Bangkok Post*, 14 de octubre de 2004.

formación policial y estilo autocrático de director general a criminalizar los problemas sociales difíciles adoptando un planteamiento de fuerza, Thaksin abolió la vetusta estructura CAPFS-CPM 43 en abril de 2002, retiró el ejército a sus cuarteles y puso al mando a la policía, desechando las objeciones de los mandos militares locales. Los sureños no tenían acceso directo a las nuevas estructuras, que atendían a los deseos de Bangkok y se mostraban poco receptivas a sus quejas y demandas. La policía, recién llegada a la región, trató de reunir información extrayéndola por la fuerza de los contactos locales de la red de inteligencia del ejército, algunos de los cuales aparecían después asesinados. Para empeorar aún más las cosas, la sangrienta «guerra contra las drogas» del gobierno de Thaksin en 2003 se cobró un alto peaje en el sur infestado de droga. Para entonces, los jefes de policía en la región se habían convertido en blanco preferente de misteriosos ataques armados, en los que docenas de ellos fueron asesinados.

El reinicio de la insurgencia separatista en el sur fue, pues, consecuencia directa de la política de normalización de Thaksin. El 28 de abril de 2004 hubo once ataques suicidas coordinados en Pattani, Yala y Songkhla. Ese mismo día la antigua mezquita de Krue Se, en la que se habían refugiado treinta y dos militantes musulmanes malayos con armas ligeras, fue asaltada por tropas con armas pesadas bajo el mando del general Panlop Pinmanee, antiguo jefe de los escuadrones de la muerte anticomunistas en el ejército real tailandés. Ninguno de los militantes separatistas sobrevivió al baño de sangre que se produjo. El 25 de octubre de 2004 una manifestación de masas de los musulmanes malayos en el exterior de la comisaría de policía del distrito de Takbai, en la provincia de Narathiwat, fue violentamente disuelta por la policía y el ejército. Más de ochenta y cinco hombres y muchachos musulmanes murieron, muchos de ellos de asfixia tras ser encerrados en camiones del ejército para ser trasladados a una base militar²⁷.

La respuesta de Thaksin a aquel brote de violencia era todo lo que los militantes separatistas podían desear: comentarios irreflexivos, recriminaciones encolerizadas y jactancias condescendientes. Más seriamente, la reacción de su gobierno a la situación en el sur ha constado de tres componentes. En primer lugar, el terror estatal: listas negras, redadas, torturas, detenciones y reeducación política, desaparición de más de ciento sesenta personas y asesinatos extrajudiciales de los insurgentes capturados, líderes religiosos locales, maestros y en algunos casos familias enteras de supuestos separatistas. En segundo lugar, legislación autoritaria –primero la ley marcial y luego sucesivas declaraciones de Estado de excepción–, que ha tenido como efecto suspender los derechos constitucionales para los ciudadanos tailandeses en las provincias afectadas, sin mejorar la situación de seguridad. En tercer lu-

²⁷ El gobierno de Thaksin respondió a las condenas internacionales con una iniciativa a la que denominó «bomba de paz», en la que aviones militares lanzaron sobre las áreas insurgentes en el sur cien millones de pájaros de papel como muestra de buena voluntad.

gar, la militarización: ahora hay desplegados en el profundo sur unos 20.000 soldados, la mayoría de ellos de etnia thai o laosiana, budistas que no hablan el dialecto malayo local y no saben nada de la cultura islámica o malaya, pero a los que la ley marcial concede amplios poderes sobre la población local. Con sus grandes tanques y fusiles M16 y sus uniformes de combate, resultan muy notorios, vigilando puntos de cruce, oficinas gubernamentales, universidades, escuelas, aeropuertos, estaciones y mercados, dispuestos a hacer fuego, a realizar detenciones arbitrarias y llevar a cabo registros sin garantías en las escuelas religiosas, dormitorios estudiantiles y domicilios familiares, acompañados por sabuesos «impuros» de acuerdo con las creencias musulmanas. Su abrumadora presencia hace parecer el profundo sur un país ocupado por los infieles, como Iraq.

La alarma por el brusco deterioro de la situación en el sur provocó objeciones de los militares, el Palacio Real y el Consejo Privado, así como de los líderes islámicos locales y los grupos de derechos humanos. Como consecuencia, el gobierno acordó en marzo de 2005 la creación de una Comisión de Reconciliación Nacional presidida por el ex primer ministro Anand Panyarachun. Frente a las intervenciones en la cuestión del sur de poderosas fuerzas domésticas y extranjeras, el superpresidente-director general tuvo que aceptar un compromiso, lo que creó la confusión al aplicar cada organismo o fuerza de seguridad sus propios planteamientos sin atender a los demás. El resultado ha sido un aumento del número de distritos en los que reina el terror estatal.

La estructuración de la oposición

Mientras que en el sur el TRT prácticamente desapareció en las elecciones de febrero de 2005, en todas las demás regiones el partido de Thaksin aumentó su apoyo, obteniendo un récord de 19 millones de votos y una mayoría absoluta sin precedentes en la Cámara de Representantes, con 377 de los 500 escaños. Sin embargo, durante el año 2005 se produjo una convergencia de factores que acabaron provocando la reciente destitución de Thaksin. En primer lugar, el gran aumento del precio del petróleo –consecuencia de la creciente tensión política y económica a escala global– y el efecto de los acuerdos de libre comercio con China y otros países han empeorado la balanza comercial tailandesa, haciendo aparecer en ella los números rojos. La economía desprotegida se ha mostrado también cada vez más vulnerable frente a desastres naturales o sociales como las pandemias globales (gripe aviaria, síndrome respiratorio agudo severo), tsunamis, huracanes, guerras y ataques terroristas, que han tenido un efecto devastador sobre la producción local de alimentos y sobre los sectores agrícola y turístico. La recuperación intermitente desde 1997 parecía comenzar a tambalearse de nuevo. Los programas de crédito y gasto público habían vaciado las reservas del tesoro y habían acabado con el exceso de liquidez en el sistema bancario comercial. Cuando la deflación dio paso a una creciente inflación, los tipos de interés comenza-

ron a subir y el gobierno de Thaksin no pudo cumplir su doble promesa electoral de «las dos democracias», esto es, crecimiento económico con precios estables para las clases medias urbanas y créditos baratos para que la base rural pudiera introducirse en el estilo de vida consumista. Había que ceder en uno u otro sector, y fue la clase media urbana la primera en sufrir el cambio de coyuntura.

En segundo lugar, la política de Thaksin en el sur ha endurecido el antagonismo hacia él –en un primer momento principalmente cultural– de las viejas elites, tanto de los militares como del Palacio Real y el Consejo Privado. En los últimos años del siglo xx el poder del rey estaba en su cenit. Los homólogos tailandeses de las fuerzas sociales y políticas que habían derrocado las monarquías de los países vecinos –los militares en Camboya, los comunistas en Laos y la burguesía en China– habían caído todos ellos bajo su hegemonía. Aunque constitucionalmente hablando no es un rey absoluto, su papel dirigente pesa abrumadoramente sobre la sociedad tailandesa. Ya a mediados de 2001 comenzaron a aparecer las primeras señales de tensión entre el rey paternal y el *nouveau riche* Thaksin –con su garrulería sin freno, su inclinación presidencialista, su fortuna multimillonaria obtenida en la «nueva economía» y su voto popular masivo–, cuando un importante funcionario y un muy respetado ministro del gobierno, que dimitieron de sus puestos debido a los conflictos surgidos con Thaksin, fueron inmediatamente incorporados al Consejo Privado. Las escaramuzas intermitentes entre el gobierno y el Palacio comenzaron a finales de 2001, con varios discursos reales que criticaban directa u oblicuamente el comportamiento arrogante del primer ministro, su estilo autocrático de presidente-director general, su política económica capitalista-populista y el agravamiento de la corrupción en el gobierno y la burocracia; discursos de un tenor diferente a los que había dirigido contra las deficiencias de la electocracia.

Un discurso a los gobernadores provinciales del 3 de octubre de 2003, en el que el rey maldijo a los funcionarios corruptos del gobierno, se convirtió en la base para una campaña a escala nacional contra la corrupción, encabezada por miembros del Consejo Privado. Esa campaña –en la que los tropos del FMI-Banco Mundial sobre el «buen gobierno» se tradujeron y naturalizaron como *Thammaraja* o «rey justiciero»– movilizó a decenas de miles de contactos locales de la red monárquica y les urgíó a denunciar la corrupción y desenmascarar a los malos gobernantes. En diciembre de 2005 se celebró una enorme convención televisada de los grupos anticorrupción, con una serie de convenciones similares en todas las regiones del país. No hace falta decir que esas actividades fueron acompañadas por una continua erupción de escándalos que involucraban al gobierno de Thaksin y a sus compinches. En abril de 2005 se produjo el «escándalo CTX», con denuncias de sobornos de sus socios estadounidenses en la compra por 100 millones de dólares de máquinas de detección de bombas para el nuevo aeropuerto internacional de Suvarnabhumi que provocaron una moción de censura contra el entonces ministro de Transportes, Suriya Jungrungreangkit. En julio de 2005 se inició

un juicio por libelo en el que la Corporación Shin pedía 10 millones de dólares al activista de los medios Supinya Klangnarong, por haber relacionado sus gigantescos beneficios con decisiones administrativas del gobierno de Thaksin.

El giro de Sondhi contra «el mejor primer ministro que haya tenido nunca Tailandia» estuvo seguramente relacionado con la salida involuntaria de Viroj Nualkhair del Banco Krung Thai, debido al descubrimiento en sus cuentas de créditos dudosos por valor de 40.000 millones de bahts; o a la decisión del gobierno de desechar un plan para desarrollar dos nuevos canales de televisión dividiendo uno ya existente, en el que Sondhi había invertido. En cuanto a la peculiar agresividad del «fenómeno Sondhi», en lo referente a la cancelación de su programa semanal de entrevistas, podría haber una explicación psicocultural más profunda: Thaksin y él son muy parecidos; ambos se hicieron ricos especulando en la burbuja bursátil de la década de 1990, ambos hablan con el estilo pomposo de los autodenominados «empresarios globales», ambos hicieron amigos en el estrecho círculo de la elite intelectual y profesional, ambos son bravucones temerarios que disfrutaban presumiendo de sus ideas visionarias. La principal diferencia es que mientras que uno triunfó, al otro, más imprudente, no le fue tan bien. El hecho de que cada uno de ellos conociera el lado oscuro del otro les hacía aún más difícil llegar a un compromiso.

Un nuevo factor de la irritación hacia Thaksin fue el anuncio del «Marco de Modernización del Reino de Tailandia», que abriría una amplia variedad de activos y funciones del Estado –servicios de suministro de agua, gas y electricidad, transportes, recursos naturales, telecomunicaciones, tecnología de la información, seguridad nacional e inteligencia, agricultura, cultura, sanidad pública, servicios médicos– a la puja de inversores extranjeros en asociación con el Estado. Esto exacerbó la indignación e inseguridad de la clase media, que temía que su viejo y querido reino de Tailandia, basado en el trabajo barato y servicios a bajo precio garantizados por un gobierno protector, fuera privatizado en parte por Thaksin y sus compinches y luego vendido a sus socios extranjeros en un futuro no muy lejano. Los miembros de la clase media urbana, especialmente en Bangkok, inicialmente impresionados por el vigoroso liderazgo del gobierno, innovador y atento más que nada a los resultados, que parecía impulsar una rápida recuperación económica y la reducción de los crímenes relacionados con las drogas, se fueron desilusionando cada vez más debido al creciente número de escándalos, conflictos de intereses, corrupción en los proyectos gubernamentales, tráfico con información privilegiada, manipulación de los precios, etc. Cuando la imagen de Thaksin como un honrado patriota desinteresado se fue deteriorando, acabaron por verlo bajo una nueva luz, como un pequeño estafador codicioso que por rico que sea todavía quiere llevarse la parte del león abusando de su estatus privilegiado, dejando sólo despojos para los menos privilegiados «como nosotros». Las réplicas típicamente destempladas, intolerantes y groseras del primer ministro a cualquier comentario desfavorable lo desacredita-

ron aún más²⁸. La venta libre de impuestos de los activos puestos a nombre de su familia a Temasek Holdings, el «brazo inversor» del gobierno de Singapur, con enormes beneficios, junto con el control de bienes nacionales vitales como las concesiones y licencias de teléfonos móviles, satélites, canales de televisión y líneas aéreas, fue simplemente la última gota que hizo desbordar el vaso.

Para las elites tradicionales —ejército, funcionarios, tecnócratas, electócratas— la alternativa era dura. Podían tragarse su orgullo, someterse a Thaksin y el TRT y disfrutar de su parte del botín; o mantener su dignidad e independencia, e incluso alzarse frente a él y proclamar sus opiniones, y entonces verse acosados, empujados a codazos fuera del camino y marginados, perdiendo como consecuencia su estatus y oportunidades. No es raro que antiguos ministros del gobierno, senadores, congresistas, dirigentes de TRT despedidos, generales en la reserva, embajadores, directivos de empresas y hasta miembros de la familia real que eligieron esta última opción y sufrieron las consecuencias fueran vistos en los mítines contra Thaksin tronando desde los altavoces: «Thaksin—*ok pai!*» [«¡Thaksin, lárgate!»]²⁹.

Recurrir a la Corona

Las filas de los adversarios de Thaksin incluían, pues, a viejos burócratas y mandos del ejército disgustados con el estilo autocrático-empresarial del gobierno y con el nepotismo y enchufismo de sus nombramientos, empresarios rivales y políticos de la oposición quejosos del trato desleal a manos de la policía o de las autoridades tributarias o electorales, tecnócratas y economistas conservadores que desaprobaban las medidas sociales populistas de créditos fáciles y baratos, sindicalistas del sector público opuestos a su política de privatizaciones, activistas comunitarios y de ONG críticos hacia los efectos en el medio ambiente de sus proyectos infraestructurales y energéticos, intelectuales liberales, juristas y defensores de los derechos humanos enfrentados a su abuso sistemático del poder y a los asesinatos extrajudiciales, periodistas y locutores críticos sometidos a intimidaciones del gobierno o a la censura descarada, y musulmanes malayos en el sur a merced del terror de las fuerzas de seguridad respaldadas por el Estado.

²⁸ Los ejemplos de tales «excesos de Thaksin» son abundantes. Entre los más famosos cabe citar: «Lo único que sabe hacer ese bastardo es criticar al gobierno; ¿por qué entonces sigue cobrando un salario público? Si quiere criticar, que se vaya a la oposición»; «El abogado de [la ONG de] derechos humanos desapareció porque tuvo una discusión con su esposa»; «Los que critican la venta de las acciones de mi familia sólo es porque nos envidian»; «De hecho, yo he pagado más impuestos que todos los manifestantes juntos»; «Los que protestan están locos [...] Sólo son unos pocos miles y aun así me exigen que dimita».

²⁹ En la web puede verse una lista muy extensa de participantes en los mítines contra Thaksin. El hecho de que Sondhi dedicara conscientemente todos los medios a su disposición a registrarlos hace que la campaña contra Thaksin sea probablemente el movimiento de protesta mejor documentado de toda la historia de Tailandia.

Pero todos esos grupos eran demasiado difusos, ideológica y políticamente, para forjar una oposición coherente al gobierno de Thaksin. Al final, el único nexo entre todas esas fuerzas tan dispares resultó ser el rey. La reivindicación central de la cruzada de los medios de Sondhi durante cuatro meses fue un llamamiento a la restauración de la prerrogativa real y al nombramiento por el rey de un nuevo primer ministro en lugar de Thaksin, aunque, estrictamente hablando, eso equivalía a un golpe inconstitucional³⁰. El «fenómeno Sondhi» extraía su legitimación de la campaña *Thammaraja* contra la corrupción dirigida por el Consejo Privado, en la que una amplia capa –activistas de los medios contra la censura, ONG antigubernamentales, sindicatos opuestos a las privatizaciones, grupos de desarrollo anticapitalistas– encontró una causa común, como lo hicieron con las propuestas reales de *setthakij phophiang* (economía autosuficiente). Pese a la controversia que rodeaba la petición de aplicar la prerrogativa real, la Alianza Popular por la Democracia que asumió el liderazgo formal del movimiento rápidamente creciente contra Thaksin la aprobó y la presentó como si fuera suya. El movimiento cobró así una identidad política colectiva monárquico-nacionalista que definía a Thaksin y su régimen como enemigos de la nación, del ideario budista y del rey. El contraste con la rebelión en Nepal durante esos mismos meses difícilmente podría ser más acusado.

El Palacio, teniendo quizá en cuenta la envergadura de las movilizaciones en favor de Thaksin y el voto popular, eludió el uso directo de la prerrogativa real y utilizó el instrumento más discreto del «susurro desde los cielos». El gobierno tailandés permaneció en suspenso durante varias semanas después de la renuncia de Thaksin el 4 de abril, mientras distintos tribunales investigaban los resultados de las elecciones; dado que no se habían ocupado los 500 escaños de la Cámara de Representantes, ésta carecía técnicamente de quórum. El 25 de abril el rey volvió a intervenir en un discurso televisado a los jueces del país, en el que planteó la cuestión:

¿Deben anularse los resultados de las elecciones? Vosotros tenéis el derecho a decir lo que es adecuado o no. Si no lo consideraréis adecuado, eso no quiere decir que el gobierno no sea legítimo. Pero, por lo que a mí respecta, unas elecciones con un solo partido no son algo normal. La situación con un solo candidato no es democrática. Cuando unas elecciones no son democráticas, hay que atender cuidadosamente las cuestiones administrativas. Os pido que hagáis cuanto podáis. Si no podéis hacerlo, entonces debéis ser vosotros los que dimitéis, no el gobierno, por no poder cumplir vuestro deber [...] Estuve viendo la televisión hace poco; un buque que pesaba varios miles de toneladas, alcanzado por una tormenta, se hundió cuatro mil metros bajo el mar. Tailandia se hundirá más de cuatro mil metros bajo el mar. Irrecuperable. No podremos re-

³⁰ La justificación legal para la prerrogativa real se buscaba en el artículo 7 de la Constitución: «Siempre que en un determinado caso no se pueda aplicar ninguna disposición de esta Constitución, se decidirá de acuerdo con la práctica constitucional en el régimen democrático de gobierno con el Rey como Jefe del Estado». Pero esto resulta imposible de aplicar en el nombramiento del primer ministro, al que se refieren otras disposiciones, especialmente el artículo 201.

costrarla nunca. Así que vosotros también os hundiréis, y también se hundirá gente inocente bajo el océano [...] Tenéis que reflexionar cuidadosamente sobre cómo resolver este problema [...] Gracias por cumplir con vuestro deber³¹.

Poco después de la intervención del rey, el Tribunal Constitucional se reunió en sesión continua, para salir el 8 de mayo con la decisión –por mayoría de ocho a seis– de que la actuación de la Comisión Electoral en las elecciones del 2 de abril era inconstitucional y, por lo tanto, nula y desprovista de efecto. Así pues, habría que celebrar nuevas elecciones este mismo año, tras la conmemoración en junio del sexagésimo aniversario de la entronización del rey Bhumibol. Entretanto, empero, el gobierno «en funciones» del TRT sigue al frente del país. El 20 de mayo Thaksin regresó a la Casa del Gobierno, declarando que había concluido su «permiso de ausencia».

Las esperanzas del movimiento reformista posterior a 1992, las inseguridades de los trabajadores de cuello blanco y de mono azul a raíz de la crisis financiera de 1997 y las necesidades de los pobres rurales fueron secuestradas por Thaksin y puestas al servicio de un proyecto de capitalismo de camarilla de corrupción, represión y privatización. La confrontación de las «dos democracias» en Bangkok durante las movilizaciones de masas de febrero a abril de 2006 ha oscurecido la posibilidad de compartir los intereses de clase entre las dos, o de una alternativa política distinta del TRT de Thaksin o de la economía autosuficiente del rey Bhumibol y su «red monárquica». Pero los intereses económicos de Thaksin y otros grupos de elite son inextricables y los fundamentos de su régimen siguen en pie.

¿Cómo se podría hacer frente a ese régimen? Una prioridad debería ser la lucha por una reforma general y una política de desarrollo para el campo que eleve el miserable nivel de vida actual sin crear un endeudamiento generalizado y que garantice una mejora real de la sanidad rural. Pero la tarea inmediata debería ser eliminar el blindaje que ampara un sistema corrupto y criminal que debería sufrir el debido proceso ante los tribunales por los crímenes de los que se le acusa: las docenas de asesinatos extrajudiciales en las ciudades en el sur y la privatización libre de impuestos de los activos nacionales llevada a cabo por la Corporación Shin. Hay que investigar a fondo el mal funcionamiento de las instituciones constitucionales establecidas como controles y equilibrios, y si es necesario purgarlas de sus miembros corruptos, como prerrequisito para el establecimiento del Estado de derecho, tan urgente en el sur como en el resto del país. Finalmente, las ambigüedades de la Constitución de 1997 deben ser examinadas, revisando la concentración de poderes ejecutivos que posibilita en manos de un primer ministro presidencialista. Ésas serían las mínimas exigencias político-legales para superar la electocracia globalizada de Thaksin.

22 de mayo de 2006

³¹ *The Nation*, 27 de abril de 2006.